

GUERRAS PERSICAS

SEÑOR SUBSECRETARIO: SEÑORITA DIRECTORA: SEÑORES:

Favorecida, aunque sin merecerlo, por el respetable cuerpo de Profesores que concibiera la luminosa idea de las conferencias que aquí nos reúnen, hoy vengo á presentaros el trabajo que á mis débiles fuerzas se confió.

Movida por el entrañable cariño que profeso á este plantel, do mi inteligencia se ha nutrido y donde se me han inculcado las luces divinas de la instrucción, hubiera deseado presentaros algo que, si no perfecto, fuera por lo menos digno del respetable cuerpo aquí reunido y de la reconocida ilustración de las para mí inolvidables compañeras que me escuchan.

Mas ya que por mi insuficiencia sólo puedo ofreceros un trabajo incompleto, lleno de errores quizá y adoleciendo de toda clase de defectos, pidoos seáis indulgentes y disculpéis si mis escasas luces no están á la altura de vuestras preclaras inteligencias.

Entre los ramos más eminentes del saber humano, figura en distinguido lugar la Historia, cuyo estudio, aunando la instrucción al recreo, es fecundo manantial de nobles inspiraciones.

La Historia no es sólo el relato de los hechos pasados; su esfera es más vasta, constituyendo en realidad el conjunto de apuntamientos que nos enseña las etapas recorridas por la humanidad en su desenvolvimiento, viniendo á ser, por lo mismo, tan indispensable al filósofo, como al estadista, al sociólogo, etc.

Además, al registrar en sus imparciales páginas los hechos culminantes de una nacionalidad, pone de manifiesto, no tan sólo las figuras más prominentes que llenaron una época, sino también nos indica el influjo que tales hechos y tales figuras ejercieran en el desarrollo y progreso de los pueblos, suministrando así inagotables fuentes de experiencia.

Juzgar á los hombres cuando aun están recientes sus hechos, es poco menos que imposible; pues para ello se hace necesario que las pasiones y los rencores estén apagados; por eso á la posteridad es á quien toca pesar los hechos, calificar las acciones y pronunciar, en una palabra, su fallo inapelable.

La necesidad de la historia imparcial es indiscutible; sin ella, muchos hombres que han contribuido poderosamente al adelantamiento de la humanidad, permanecerían olvidados; y otros, en cambio, se verían con suma injusticia enaltecidos, ocupando un lugar que jamás pudo corresponderles.

Por otra parte, todos aquellos que han sabido descolgar entre sus contemporáneos, han sido, con raras excepciones, víctimas del encono de los partidos, y jamás han faltado personalidades raquílicas que, movidas por la inoble envidia y ansiosas de opacar los brillantes hechos y deslustrar las grandes virtudes de los héroes, han pintados con negros colores, desnaturalizando sus sentimientos y llegando á obtener por resultado la ingratitude, aun-

que momentánea, de las masas populares, de por sí impresionables.

Pero tal resultado es transitorio; la verdad concluye siempre por abrirse paso entre las nubes del error, y al irradiar esplendorosa, baña con sus cintilantes rayos las figuras eminentes de los que han merecido bien de la humanidad, haciendo resaltar con mayor vigor sus méritos y virtudes.

Una muestra de ello encontramos en el período de la antigua Grecia, que ligeramente vamos á bosquejar, y que comprende la época brillantísima de la guerra que tuviera que sostener con la potente Persia, y que la colocó en distinguido lugar, elevándola al rango de emporio de civilización y sabiduría, y sirviendo de norma sus leyes al mundo entonces conocido.

En aquella para nosotros remota época, la civilización había hecho grandes progresos; pero circunscribiase á las risueñas costas bañadas por el Mediterráneo, encontrándose, en cambio, el interior de la mayoría de los países europeos y asiáticos en una barbarie casi semejante á la de los tiempos primitivos.

Grecia poseía innumerables colonias, su población era fuerte, aguerrida y numerosa; mas la rivalidad y la discordia reinaban entre los Estados que la componían, haciendo que lejos de encontrarse ligados por fraternales vínculos, fueran más bien un constante y mutuo amago para la general tranquilidad.

A semejanza de lo que más tarde aconteciera en la tierra itálica, que dividida en tantas repúblicas cuantos municipios contara, necesitó la amenaza de extrañas invasiones para ligarse y formar, aunque transitoriamente una sola entidad, así el privilegiado suelo de Grecia, dividido por intestinas rencillas, necesitó verse amenazado por la

poderosa Persia para unirse, formando un solo cuerpo y deponiendo sus mezquinos rencores.

Imaginábase el poderoso imperio asiático que los pequeños Estados á él colindantes debían constituirse en sus humildes tributarios, y soñaba en dilatar más sus vastas posesiones.

Conquistada la Lidia, los Jonios quedaron confinando con el imperio persa; uno de aquellos hombres que mereciera por sus luces ser considerado entre las siete lumbres de la Grecia, Bías de Priene, les aconsejó trasladar sus lares á Cerdeña para así conservar su independencia; mas fué desoída su prudente advertencia.

Ciro ya los había amenazado, y habiendo los hijos de Esparta indicándole que siendo las colonias fenicias sus hermanas, debía dejarlas tranquilas, pues de lo contrario avanzarían contra él, tan sólo merecieron cual respuesta la amenaza de que tanto sufrirían con sus desastres en Europa, que no podrían pensar en sus posesiones del Asia.

La muerte impidió á Ciro cumplir su amenaza, y á Darío, que fué su sucesor, quedaba reservado intentar llevarla á cabo; principió por someter á la Jonia, nombrando sátrapas en cada provincia conquistada y sus habitantes, movidos unos por el interés personal y por el temor los otros, obedecieron al triunfante invasor.

Corría el año 500 (a. J. C.) cuando Darío, bajo el pretexto de castigar á los griegos por haber coadyuvado al incendio de Sardes, capital de la Lidia, pero en realidad movido por su desenfrenada ambición y por los consejos del traidor Hipias, resolvióse á declarar la guerra; guerra que debería durar 51 años, y cuyo término había de ser una paz vergonzosa, y el apoteosis de aquella nacionalidad tan ínfimamente considerada hasta entonces.

El monarca persa encomendó á Mardonio que al fren-

te de un poderoso ejército, y con una escuadra no menos potente, marchara á lavar la afrenta que creía haber recibido; una violenta tempestad destruyó la flota en el promontorio Athos, á la vez que el ejército de tierra era exterminado por los valerosos Tracios.

Tal descalabro, lejos de desanimar á Darío, lo incitó más, si cabe, á perseverar en su intento, y así como en Roma había *Feciales* que declaraban la guerra á los países enemigos, así el persa tenía sus heraldos á quienes mandó á Grecia para exigirle *la tierra y el agua*; esto es, la más rendida sumisión, el más completo vasallaje.

Los griegos, por contestación á tan altanera exigencia, hicieron perecer á los enviados y se aprestaron á rechazar al invasor; mas no en todos se despertó igual entusiasmo, sino antes bien, se sometieron sin combatir las islas y aun algunas provincias de tierra firme, entre éstas la poderosa Egina, tan inmediata á Atenas.

Ante la declaración de guerra, ésta última y Esparta se reconciliaron y unieron por el común peligro que las amenazaba; pero la peste hacía sus estragos por una parte, y por otra, Darío envió á Datis y á Artafernes con gran acopio de naves y de gente: guiados estos generales por los consejos de Hipias, saquearon primero á Eretria, en la isla de Eubea, tan sólo separada de Atenas por un canal, y trasladaron sus habitantes á Andérica.

En tan angustiosa situación, Atenas reclama el socorro de sus confederados y la mayor parte se lo niegan; Esparta promete enviarlo, pero hasta tanto que no fuera absolutamente indispensable, y sólo Platea prestó un contingente de mil guerreros; circunstancias tan críticas no sobrecogen el espíritu de los Atenienses animados por Milciades, quien habiendo peleado en su juventud con los persas, no se acobardó ante el número de sus enemigos.

Con un reducido ejército de diez mil hombres y algunos esclavos se posesionó de Maratón, aldea situada á seis leguas de Atenas, y esperó sereno á los persas que en número diez veces mayor avanzaron á atacarlo. La experiencia de Milciades, unida al desinterés de los demás generales que pusieron en sus manos el supremo mando, y por otra parte, el valor de los guerreros que componían sus huestes, dieron pronto á los griegos la más completa victoria y el enemigo fué rechazado y puesto en vergonzosa fuga, sufriendo increíbles pérdidas y lo que es más, muriendo allí el traidor Hipías.

El ejército ateniense contaba como generales á Calímaco, Aristides y Temístocles; pero el mando superior, como hemos visto, fué confiado á Milciades; todos cuatro, sin embargo, supieron corresponder dignamente á la confianza que en ellos depositara la patria.

Milciades reclamó de sus conciudadanos la honra de una corona de olivo por el triunfo adquirido; mas no pudo obtenerla, merced á la oposición de Socares, quien en plena asamblea le dijo: «*Obtendrás honores tú solo, cuando tú solo venzas,*» dando así á entender que todo el ejército era acreedor al premio.

Acudió en seguida con setenta bajeles á castigar á las islas que habían quebrantado los pactos hechos; pero la fortuna le fué adversa en Paros y él sospechado de traidor, siendo condenado á pagar los gastos de aquel armamento. No pudiendo hacerlo, se vió reducido á prisión y murió en ella. ¡Singular recompensa á sus eminentes servicios!

Los persas no se desanimaron ante el desastre sufrido en Maratón; antes bien, creyendo que Atenas estaba sin defensa, se dispusieron á tomarla vengando así la afrenta recibida; no habrían tardado en realizar sus propósitos

si una sublevación ocasionada por su despotismo y tiranía no lo hubiera impedido; poco después murió Darío dejando por sucesor á Jerjes, hijo de su segunda y predilecta esposa Atoxa, descendiente de Ciro.

Jerjes, prematuramente enervado por la corrompida educación que recibiera, inclinábase tan sólo á las pompas del poder, y sin valor para hacer la guerra por sí mismo, envió á su hermano Aquemenes á sojuzgar el Egipto, al que más tarde gobernó, aunque sin tacto alguno.

Pero estimulábalo de continuo contra Grecia su cuñado Mardonio, exasperado por su anterior desastre, á lo que se unían los consejos de los Pisistrátidas, ansiosos de dominio y sedientos de venganza; los Aleuados, príncipes de Tesalia, desposeídos de sus dominios, y el adivino Onomácrita, que gobernaba á su voluntad el débil corazón del rey, quien al fin dió oídos á tan pertinaces insinuaciones y consejos.

Decidido á emprender de nuevo la guerra, dióse principio á los preparativos, que duraron cuatro años, en virtud del inmenso ejército que debería marchar. A la vez, y con objeto de someter á las colonias griegas de Sicilia é Italia, Jerjes pactó alianza con Cartago, ya entonces famosa por su poder marítimo, que á tan alto grado debía elevarla.

Ya en marcha el ejército, presentáronse un día al monarca persa dos espartanos, quienes rehusándole el homenaje hasta entonces acostumbrado, le manifestaron que habiendo Esparta dado muerte á dos embajadores, y temiéndolos que tal acto hubiera irritado á los dioses, iban á ofrecerse en reparación del ultraje. Admirado Jerjes de semejante abnegación, contestóles: "que si sus conciudadanos habían vulnerado el derecho de gentes, y la consideración siempre tenida á los embajadores, jamás los

imitaría, ni menos haría expiar en ellos aquel atentado, dejándolos marchar salvos y libres.”

La vista sólo del inmenso ejército de Jerjes era suficiente para hacer vacilar á corazones menos esforzados que los de los griegos: componíase de 5.000,000 de hombres, y si bien respecto del número debe tenerse en cuenta que la computación fué hecha por los defensores de sus libertades, quienes quizá exajeraron, para realzar más sus triunfos, no puede caber duda, de que cualquiera que fuese la fuerza del ejército persa, era infinitamente mayor á la del griego.

Dividiólo Jerjes en tres cuerpos; uno al mando de Mardonio debía dirigirse por la costa; el segundo, al frente del cual estaba Sergis, debía, lo mismo que el último, mandado por Jerjes en persona, internarse en el país; la escuadra tenía á su cargo la provisión de todo género de víveres, y no faltaron griegos que, temerosos, iban á ofrecer al invasor *la tierra y el agua*, rindiendo así cobarde vasallaje, al mismo á quien debían combatir.

Temístocles, por su parte, llamó á Atenas á todos los desterrados entre quienes se encontraba Aristides, que tan eminentes servicios prestara á su patria; habiéndose consultado á la pitonisa, ésta pronunció un oráculo expresando que los Atenienses hallarían su salvación en muros de madera; y entonces Temístocles hizo creer, que con tales palabras, los dioses se habían referido á la escuadra, y en consecuencia Atenas fué abandonada, y transportados á Egina, Trezene y Salamina, todas las mujeres, los niños y las riquezas, dejando á los hombres el cuidado del mar, y reunió tres mil naves que tripuladas por atenienses y aliados se situaron en el promontorio Artemiso.

Tal medida dió origen á que fuera disputado el man-

do de la escuadra, tocando por fin al espartano Euribides por el voto de los confederados, y á Temístocles, aunque mucho más capaz, sólo correspondió el derecho de aconsejar cuanto considerase á propósito.

El ejército de Jerjes partió de Susa, atravesó el Helesponto, pasando la Tracia, y cruzó por una perforación hecha en el Monte Atos, tratando de invadir por el norte á Atenas; el único punto por donde podía penetrar en Grecia era el desfiladero de las Termópilas, llamado así por las aguas termales que en él manaban; hallábase este desfiladero defendido de un lado por los profundos precipicios del Monte Ceta; al levante, se encontraban inmensas lagunas, y en partes era tan estrecho que no podían pasar dos carros de frente, existiendo además en él un muro que los Focenses construyeron para impedir el paso á los Tesalios.

Leónidas, rey de Esparta, fué el encargado de defender tan formidable posición, para lo cual no contaba con más fuerzas que seis mil guerreros; número insignificante, si se atiende á la nube de enemigos que iban á atacarlo; pero el corazón de aquellos hombres latía á impulsos del santo amor á la libertad y á la patria; y su valor, jamás desmentido, acrecentábase cada vez más ante la perspectiva del sacrificio.

Acampado como estaba el ejército persa en las llanuras de Traquis, mandó decir á Leónidas el altanero Jerjes: “*Rinde tus armas;*” “*Ven á tomarlas;*” contesta el heroico espartano, demostrando con tan sublime respuesta la fortaleza que á su ánimo prestaba su derecho, y la fe que le comunicaba la causa de su patria conculcada y de su amenazada independencia.

“*Pero si son tan numerosos los enemigos que sus flechas nublarán la luz del sol;*” dice un soldado estremecido ante